

Dn. Manuel de IRUJO, interese: /

"Algo referente al punto de vista de don Eduardo Ortega y Gasset sobre la situación de Euzkadi, Cataluña y Galicia en un Estado español democráticamente organizado".

He ahí lo que tengo.

MOVIMIENTO CONFEDERAL PRO COMUNIDAD IBERICA DE NACIONES.

El insigne pensador catalán Rovira i Virgili escribió un lucido ensayo bajo el título de "El Problema de las Nacionalidades Ibéricas" que contiene una visión exacta, amplia y cordial de la angustiosa cuestión. Desde mi sentimentalidad castellana y a través del aire difano de las llanuras por las que cabalgó don Quijote, me siento absolutamente identificado con los puntos de vista y las conclusiones de este trabajo.

Si el "problema" se le desintoxica del odio y de la ignorancia que lo suelen deformar, nos encontraremos con que, en realidad, no es tal "problema", sino una cuestión clara, ni discutible, ni disputada. Las palabras de rencor o de la ignorancia que por caminos, solo en experiencia distintos se lanzan, no pueden ser aceptadas en una polémica leal. Practicada esa desinfección nos encontraríamos con que catalanes, euskeros, gallegos, y castellanos y andaluces estaríamos de acuerdo en lo fundamental.. No hay, en efecto, discrepancia alguna desde los ángulos de un limpio y cordial pensar. Solo habremos de esterilizar el odio (que es equivalente a incomprensión) para encontrarnos en el fructífero sendero que nos lleva a levantar la estructura propia del genio peninsular que, a un mismo tiempo, libere y una a las nacionalidades Ibéricas.

Los absurdos uniformismos son los que realmente separan, levantando fronteras de discordia, que suelen ser infranqueables.

Estas coincidencias de los hombres de buena fe en reconocer que la península es algo más que España, las Españas, es muy antigua. Como que es la verdadera historia de Iberia. Deseo alegar mi coincidencia para que no parezca ahora acomodación circunstancial aunque por parte alguna del horizonte se podría techar de interesada. En las Cortes españolas, y como Diputado de la República que representaba a la castellanísima tierra Manchega, proclamé solemnemente el derecho de Cataluña, que un liberal castellano reconocía, a ser independiente y a fijar, en posesión de su soberanía, los vínculos que, espontáneamente, deseaba tener con el conjunto de las nacionalidades peninsulares.. Mucho antes, en 1927, cuando defendí en París al Presidente Francés Maciá, dije:

"...en la libre España queremos una Cataluña libre, una Cataluña que no parezca retenida por la fuerza en el resto de la Península; deseamos una Cataluña que esté en medida de dirigir sus propios destinos. Después podrán buscarse en común acuerdo, los lazos

federativos que Cataluña desee libremente establecer con el resto de la península."

Mucho tiempo ha pasado desde entonces, pero, lejos de modificarse mis opiniones, se han hecho más firmes. Desde el punto de vista doctrinal, también se han desenvuelto estos principios de manera exacta. Las confusiones, más bien de táctica que de ciencia política, han vacilado en este punto con discretas imprecisiones. Ahora, sin embargo, ya no hay duda. El sistema Federal ha sido rebasado. Solo puede dibujar los trazos lógicos de la estructura peninsular el sistema confederado. Sobre la libre elección de cada una de las naciones o regiones no puede recaer ninguna sombra que atente la soberanía con que sea ejercida su voluntad. Hay que colocar a las nacionalidades ibéricas en esa situación de plena independencia para que, en instante alguno, el vínculo confederal pueda ser empujado, disminuido con la más ligera sombra de coacciones. Tales la delicadísima cuestión que ha de preocupar no solo al científico, sino aún más en este caso, al político para que, el nuevo régimen, no nazca con autoridad empujadora o discutible en el porvenir.

Aunque no lo suelen estimar así ciertas gentes de tosea irritabilidad, nada inteligentes ni preparadas, habrá que reconocer que todos los hombres de alta cultura en Cataluña han probado, no solo que no eran separatistas, sino que sus doctrinas federativas, tendían a una unión mucho más fuerte en cuanto radicaba en lo profundo de la voluntad general; por eso Valentí Almirall en su obra "Lo Catalanisme" dice con ruda claridad:

"si nos detenemos en un punto que no llega a la separación, no es porque nos falte el derecho, sino porque creemos que no conviene ejercitarlo".

El día 9 de septiembre de 1943 di una Conferencia en el Centro Asturiano de La Habana, cuyo lema fue "Estructura peninsular: Las Nacionalidades Ibéricas en la variedad y enlace del "complejo español". Al evocar a los cuatro grandes bloques nacionales que son como las cuatro columnas de la historia y de la cultura ibéricas y que, unidos, abrieron las rutas marítimas con la expresión civilizadora de Hispano-América, exclamé: "Estas son las Españas".

Es necesario reconocer la realidad histórica tantas veces negada en los epitomes escolares de que, jamás ha habido Reyes de España. Estos en su antefirma estampaban los títulos de sus reinos, condados y señoríos. Solo al jurar estos fueros o constituciones ~~respectivas~~ de las respectivas nacionalidades se había convalidado su título señorial. "Et si non, non" Ni el poderoso Felipe II, el más potente Rey de su tiempo se atrevió a poner mano en su secretario Antonio Perez cuando éste, Aragonés, se amparó en la jurisdicción del Gran Justicia. La positiva realidad histórica es la de que España estuvo siempre constituida en monarquía Federal; que su decadencia se acentuó con el proceso centralista de unificación; que los excesos de éste en las manos del torpe autoritarismo del Conde Duque de Olivares iniciaron una desintegración con la separación de Portugal y la segregación moral, aún más dañosa y grave, de Cataluña.

Y he aquí las acertadísimas palabras coincidentes de Rovira i Virgili:

"Tal es el problema de la estructura de España: Tres nacionalidades desconocidas pero vivas y potentes, en lucha contra un Estado unitario y absorbente surgido de la monar-

quía absoluta. Un Estado que se ha servido de Castilla como de instrumento después de haberla desposeído de sus libertades originarias. Contra este Estado, creado por la monarquía austriaca y perfeccionado por la dinastía borbónica, luchan los patriotas vascos, catalanes y gallegos. Pero no luchan contra la existencia de un Estado español y aún menos contra Castilla como pueblo. Lo que quieren estos patriotas es que la nacionalidad castellana se una a la que ellos en un esfuerzo común para liquidar el estado artificial que tiene la vana pretensión de ser uninacional y construir en cambio un gran Estado, cuatrinacional, la España poliforme cantada por el gran poeta Rubén Darío: las Españas, en plural".

Ningún hombre de alta mente puede pensar de otra manera desde ningún ángulo de España. En paralelismo con esta exacta forma de Rovira i Virgili dije yo en el año de 1946 y en la conferencia antes aludida:

"Necesitamos fijar el sistema estrictamente científico de nuestras concepciones en armonía con su fórmula popular. Nos hallamos en un instante crítico de nuestra civilización milenaria que nació en Méstia y en Tartesos. Rompamos la dura costra de esa incomprensión táctica (de origen exótico, anti-español), sordera y ciega interesada, que nos impiden ver las sierras, sin embargo gigantes de nuestro país. España está constituida históricamente por nacionalidades interiores de larga tradición, de específica cultura, de fuerte personalidad: Castilla, Cataluña, Euzkadi, Galicia, gloriosas nacionalidades que yo saludo con alto orgullo de hispano precisamente porque son las Españas. En el molde geográfico delimitado por fronteras que no lo serían hoy pero que lo han sido durante muchos milenios, se han sedimentado y fraguado esas personalidades colectivas, con rasgos no solo indelebles sino que la misma riqueza misma espiritual de nuestro país nos obliga a conservar. El nuevo Estado español ha de partir de estas realidades si se quiere crear una forma orgánica, vital idónea y fecunda, adaptada a las realidades del esqueleto nacional.

"La doctrina liberal, al declarar libre el sufragio de cada ciudadano, marca la evidencia del derecho de la masa de los ciudadanos circunscritos en una comarca a darse un régimen interno. La edificación de un Estado no puede evadirse de la lógica constructora y ha de ascender de los cimientos a la cúpula. Un régimen dictado desde el centro producirá resultados antidemocráticos o que lo serán solo muy imperfecta y parcialmente. Cuando se habla de conceder, de otorgar la autonomía a una región, se emplea un lenguaje desueto de Carta otorgada, primera fórmula de las estériles libertades de limosne que dieron los Reyes dieciochescos para demostrar el amplio reconocimiento de las soberanías populares.

"La verdad es que un Estado es una sociedad de pueblos laboriosamente formada por la voluntad general aglomerada en las afinidades colectivas. Otra esencial coincidencia con los puntos de vista de Rovira i Virgili, es la que ya dije en otra ocasión antes recordada que, Castilla no tiene ni pretende ejercer una hegemonía o predominio sobre las demás nacionalidades ibéricas. Es el centro geográfico de la península,

pero no por ello es centralista ya que, más esclavizada que las demás regiones por un poder dinástico extranjero que jamás ha comprendido la univariiedad de España, se ha ejercido este poder desde su tierra, pero primeramente contra la misma Castilla. Fue ella la que primero se sublevó con los comuneros y la que fué aplastada al arrasar los fueros de su prestigiosa oligarquía señorial. En aquellas épocas que diremos preestales del "pueblo", en su sentido político actual, ese conjunto de fueros y privilegios era en cierto sentido el antecedente de la futura democracia.

"Creo que el nacionalismo, dentro de sus límites comarcales, es legítimo y necesario como afirmación de la propia personalidad; pero cuando se expande para dominar a los demás, se convierte en imperialismo. Podríamos decir que es como la inflamación del nacionalismo. En varias ocasiones he protestado de que los poderes absolutos que se han sucedido en España degraden el nombre de Castilla haciendo creer, por una impresión meramente geofísica, que gobernaban en nombre de un Estado castellano. Hay que regir la península con un Estado que, para ser íntegramente, es decir, verdaderamente español, ha de estar compuesto, en su representación confederal, por todas las naciones que lo constituyan: por castellanos, catalanes, vascos y gallegos en cada una de sus respectivas naciones.

"Nada tan venenoso como la palabra "separatismo" lanzada como un dardo táctico por los unionistas. No hay otros separatistas que los unitarios que como varias veces he dicho, son más bien uniformistas e incapaces de comprender la compleja unidad de España. Aparte los modestos esfuerzos míos de castellano autonomista que también quiere una Castilla libre dentro de un gran Estado confederal, todos los vigorosos e inteligentes esfuerzos por la unidad de España han sido hechos por ilustres tratadistas catalanes.

"Prat de la Riba en quién junto a la pluma de gran escritor de derecho político, brillaba un gesto de gobernante, definió muy claramente el mecanismo que puede ser base de toda democracia efectiva. En su libro "La Nacionalidad Catalana" dice "en el self government se encuentra el máximo de libertad, con el mínimo de limitaciones. La organización política que realiza este ideal sistemáticamente es el Estado compuesto, formado por pequeños Estados, asociados o federados, con una soberanía delegada para la representación exterior, guerra y marina, vida comercial, derechos individuales, comunicaciones, monedas y medidas; el Estado compuesto que fomenta la variedad y con la variedad y la lucha el progreso y así suma las ventajas todas del pequeño Estado, con la fuerza y las ventajas de los grandes Estados."

Es necesario que los españoles todos lean la historia de su país consultándola como experiencia que rectifique el rumbo futuro. Debe consultarse esta completa, grande y dolorosa historia de España, Quijote triunfante y apaleado por todos los yagüeses del universo, con criterio exento de inferiores prejuicios. El centralismo se ha ejercido a través de los siglos por una minoría seleccionada a la inversa, puesto que eran los vicios y no el talento y

las virtudes los que determinaban la selección. Y así se ha provocado la catástrofe, el descuyuntamiento del imperio moral y cultural más grande del mundo. Ese centralismo estrecho pero de voluntad indomable y tenaz, ha sido ejercido siempre por una minoría inferior que no puede calificarse de castellana. Si hubiere lugar en estas líneas para un examen analítico de los hombres que han ejercido el poder, se comprobaría que han sido escasísimos, en los últimos 200 años, los gobernantes de Castilla. Apenas ha habido algún castellano. Aunque este análisis nunca intentado pueda parecer pueril, no dejaría de ser interesante e instructivo. En toda la época de la regencia y del reinado de Alfonso XIII, sólo ha habido un político castellano de alguna influencia: Gamazo. Generalmente los gobiernos han estado compuestos por un heterogéneo complejo en el que predominaban los gallegos y aún, en algunas ocasiones, catalanes.

La experiencia histórica del centralismo está hecha por completo. La terquedad con la que ha sido impuesto a pesar de sus continuos fracasos hacen la experiencia inconclusa. Luchas inútiles y perniciosas fraccionaron el ámbito Hispano-Americano.

La realidad experimental inequívoca es la de que, el centralismo, ha descuyuntado a España ha producido la dispersión de Hispano-América y provocará también, con su siembra de odios y de incomprensiones, la dispersión de las nacionalidades Ibéricas. Es por ello, el centralismo, el verdadero elemento separatista/ digamos aún más, disolvente, de España. Un centralismo inepto cuando no injusto, tiránico y cruel que no sabe ni aún valerse a sí mismo y que, sin embargo, pretendía gobernar tierras remotas o extrañas. Eso es lo que hizo sagrada la causa de la independencia de América que debe reconocer la identidad con la nuestra. La liberación de América fue una guerra civil que aún en España no ha triunfado y está latente. España ha dicho varias veces, es la última colonia del mismo régimen de opresión que tiranizó a América. Y ahora, más que nunca, se ha hecho patente ese sentido colonialista con el que los gobiernos han tratado al pueblo español y se han alarmado siempre de que llegase a la mayoría de edad. Le cierran, por eso, los caminos de la cultura. Se sostiene sí, una minoría selecta intelectual por la gran capacidad de los pueblos españoles, y casi toda ella fuera de España. Pero la mayoría está encerrada en zunchos de inferioridad. Compárese el exiguo presupuesto de Instrucción Pública, la falta de desarrollo de las escuelas populares que aún no han llegado ni al censo mínimo que se fijó en la Ley de Educación a principios de siglo para señalarlos aunque no sea más que en esa impresión estadística. Si nuestro análisis fuese más profundo y abarcase aspectos medulares de la miseria moral presente, las consecuencias serían aún más desoladoras.

El centralismo, pues, ha fracasado. Sus fracasos han sido repetidos a través de tres siglos, cada vez más crudos y directos a partir de la época borbónica. Los Borbones trajeron a España su concepto francés de unitarismo nacional incompatible con la psicología y estructura tradicional hispánica que jamás pudieron comprender, a pesar de haber nacido en España, varias generaciones de borbones, desde el mediocre vástago que nos envió Luis XIV. Pensaron siempre en francés, cuando se permitieron el lujo de pensar.

Necesario es invertir el giro de ese mecanismo contraproducente y torpe que por querer

apretar en un abrazo a toda la península con brutal y férreo cinturón, ha provocado la desintegración de los valores españoles. Es necesario crear un nuevo eje de cordialidad, de comprensión, de libertad. Que cada comarca rija sus destinos y que, de cada una de ellas, salga un brazo que fraternice en la común elianza de libertades nacionales. En lugar de cultivar el mezquino y aldeano rencor de emulaciones inferiores, sintamos el orgullo de ser hispánicos al estimar todos los valores peninsulares; el orgullo de que, dentro del cerco ibérico, existen países de tan alta calidad y vieja cultura, de tan genial historia, como Castilla, Cataluña, Euzkadi y Galicia, las civilizaciones catalano-balears en el Mediterráneo y las Canarias, las islas Afortunadas, adelantadas de España en el Atlántico.

En razón de mis años me encuentro en estos momentos culminantes y en cierto modo sagrados en los que se quisiera prolongar la eficacia de la vida, proyectando mis convicciones hacia el futuro a fin de que estas ideas acendradas en la experiencia, sirvan a la patria cuando ya no la pueda defender con los músculos. Mi fe es tan completa en que el futuro de España sólo pueda renacer con la grandeza posible en la Era de nuevas y elevadísimas formas de civilización y de civilidad que deseo dejarla bien asentada. Ningún interés puede mover mi pensamiento ni mi pluma en el aislamiento de una oscura emigración. Hablo para el porvenir si alguna vez los hombres de mi tierra quieren conocer las opiniones de quien, de haber sido escuchado, acaso España habría podido eludir el degradante, sangriento y triste proceso que la ha descarriado en sus caminos históricos. Expreso mis íntimos sentimientos: Habría deseado ser uno de aquellos tantos españoles demasiado olvidados que, por amor a la libertad, lucharon en las guerras de la independencia de América a favor de los patriotas criollos y contra el absolutismo español. Nací tarde para eso. Pronto acaso para luchar como soldado en defensa de las libertades, no solo de Castilla, sino también de Cataluña, del país Vasco de Galicia, de la gentil Andalucía que es tierra tan mía como la castellana, si es que aún hay que dar batallas para imponer el derecho a la libertad de todos los españoles.
